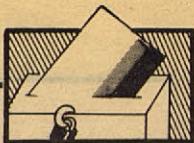


ELECCIONES EN COLOMBIA



Niños sicarios y autocensura

José Agustín Goytisolo



Bogotá

Si, claro que sí: en Colombia existe un plan para desestabilizar la democracia. Las declaraciones del liberal

César Gaviria manifestaban algo más que una sospecha bastante bien fundada. Gaviria, el candidato a la Presidencia que parte como favorito, ha conseguido llegar vivo al final de una campaña en la que dejaron la vida otros tres aspirantes, Galán, Jaramillo y Pizarro, y también un senador, Estrada Vélez. Curioso, todos de centro izquierda.

Lo que no declara Gaviria es de dónde sale esta campaña desestabilizadora, que no cesará después de las elecciones si éstas le favorecen, pese a los arreglos y chapuzas y compra de votos que ya está poniendo en práctica la derecha más conservadora, que ahora se presenta dividida en dos facciones, el clásico partido conservador, de Rodrigo Lloreda, y el escindido grupo ultraderechista de Alvaro Gómez Hurtado. Este último cuenta con el apoyo moral, esperemos que sólo moral, de un sector de las

Me parece que este baile macabro de criminales y víctimas, con bombas y metralletas, va a durar

Fuerzas Armadas y cuenta también con el apoyo de los paramilitares, que campan por sus respectos, y a los que se atribuye la autoría directa o la inducción al crimen en muchos de los casos más cono-

INTERNACIONAL

cidos, que suelen atribuirse a los esbirros de los narcotraficantes, aunque cada vez son más los ciudadanos que no se tragan la pastilla.

¿Cómo se mata en Colombia? De muy diversas maneras, pero casi siempre por delegación en un sicario. En estos últimos tiempos ha aparecido aquí un espanto: el espanto del niño sicario, del asesino menor de edad. Hay escuelas de sicarios en las que admiten muchachos a partir de los once o doce años. Se les adiestra en el uso de la pistola y la mini-metralleta —pesan menos y son más fáciles de ocultar— y, una vez entrenados y aprobados, se les encargan los trabajos, que ellos realizan con una cobertura logística más que evidente.

Estos niños sicarios matan a quien se les señala y a veces ni siquiera saben el nombre de su víctima y, naturalmente, desconoce nombres, apodos o apellidos de sus instructores e inductores, de modo que, en caso de salir vivos después de matar, no puedan, si son interrogados, revelar pista alguna a la Policía. El precio que el niño recibe por llevarse al otro barrio a una persona oscila entre los 500 y los 2.000 dólares.

Al niño sicario pueden

ocurrirle varias cosas: que muera después de asesinar, abatido por las balas de los guardaespaldas de la víctima, y en ese caso el dinero lo cobra su madre; que sea detenido, y entonces se le juzga como menor, y pasa a un correccional, y se intenta reeducarlos, —en este caso también cobra la mamá—; y también puede darse el caso de que el menor logre huir, después del asesinato, y entonces cobra él y se prepara o le preparan para posteriores trabajos. En lo que va de año se han cometido en el país 159 asesinatos por obra de menores.

En todos los medios de comunicación de Colombia se ha establecido como norma que los periodistas no firmen los informes relacionados con las tramas negras, ya sean sobre los barones del narcotráfico, ya sean sobre los paramilitares, ya sean sobre las escuelas de sicarios. La medida es muy juiciosa si se tiene en cuenta que en los últimos años han sido asesinados más de cincuenta periodistas. El anonimato está salvando muchas vidas de informadores y comentaristas, pero ahora los atentados se dirigen contra los periódicos, a coche bomba que te crió; todos están fuertemente custodiados, día

y noche, como fortalezas. La prensa de Colombia vive la situación, inédita en un país sin censura oficial, y con una legislación que consagra la libertad de expresión, de autocensurarse por culpa de

una mafia dirigida por gentes con nombres y apellidos que nadie se atreve a escribir.

Así está el panorama de Colombia, que ha intentado condensar en cinco crónicas. Repito que creo que el ganador, el nuevo presidente, será César Gaviria, a pesar de las trampas que intentarán hacerle. Pero desde que resulte electo hasta su toma de posesión pasarán dos meses largos, y puede ser luego cuando la reacción se produzca, pues seguirá intentando desestabilizar la situación más de lo que ahora está. La extrema derecha, los paramilitares y los barones de la coca tienen intereses comunes.

Yo regreso a España dentro de pocas horas. Entraré en el aeropuerto de Eldorado no sin cierta prevención, ya que este es el lugar elegido por los sicarios para sus atentados y, aunque no vaya dirigida a uno, la metralla mata indiscriminadamente si te pilla cerca del objetivo. Me enteraré en casa de como va a terminar todo ésto. Me voy con pena: amo este país, dejo muchos amigos y me parece que éste baile macabro de criminales y víctimas, con música de bombas y metralletas, va a durar. Pero volveré una vez más a Colombia.